

Ramón María Tenreiro
Fontana Rosa
(*Diario de la Marina*, 8-3-1932)

Allá arriba, en la enhiesta cima del cementerio, peñasco que, desde sus breves rellanos, domina, con ojo de águila, el mar, la villa, las montañas y las escarpas de la comarca entera, el cadáver del novelista insigne, encerrado en fastuoso féretro, dentro del recinto de la vulgar capilla que lo contiene, espera, paciente, la hora de ser trasladado en triunfal viaje, al regazo amoroso de su tierra en Valencia.

Pero allí no queda nada de su espíritu. A su espíritu, recio y firme, vencedor de tantas batallas literarias y políticas, señoreador de su propia persona y de la de tantos otros, tenemos que ir a buscarla, bastantes decenas de metros por debajo de este provisional reposadero, a la propia blonda orilla del manso Maris Nostrum, entre las construcciones cubiertas de abigarrados azulejos y los arriates y naranjales de Fontana Rosa. Cuanto, aparte de sus libros, subsiste de aquel impetuoso luchador, espontáneo y fecundo como una fuerza de la naturaleza, que se llamó Vicente Blasco Ibáñez, sale a nuestro encuentro no bien trasponemos la portada de la finca, ornada de exótica y chillona azulejería. En el dintel han escrito: «El jardín de los poetas».

Y dentro, por todas partes, azulejos y azulejos. En estanques, bancos, columnas, cajonerías, escalinatas, macetas, emparrados, edificaciones, ríen alegremente, gritan, gesticulan, relumbran, alborotan, con cálido y denso acento valenciano, millares de piezas de cerámica, flores en las que jamás se mustia el esplendor de las corolas, y que bajo la luz de esta dulce tarde invernal, hieren nuestra retina, entre la fronda perenne de laureles y naranjos, coníferas y mimosas, con ardientes entonaciones que nos llenan de asombro. Nos creeríamos en el exreino de Valencia si fuera de más encendidos quilates el oro de este sol y menos abrupta y encrespada la tierra, tan pina y costanera que, recorrer la posesión es como escalar el remate de una torre.

Esta fastuosa «propiedad» de Fontana Rosa (iba a estampar «regia» mi pluma) preséntase con doble carácter a nuestros devotos ojos. A un lado, es como la finca de recreo de uno de esos viejos indianos triunfadores, que, vueltos al terruño de que salieron, se complacen en ostentar su magnificencia en aquel propio solar de donde traen origen, y labran para puros fines ornamentales y de lujo las tierras en que se vertió en una oscura lucha por el mísero pedazo de pan de cada día el sudor de sus progenitores. Y solo advierten la importancia de su conquistada posición cuando comparan con la pobreza de sus convecinos la fastuosidad de su flamante morada. Pero en Blasco Ibáñez, egregio «indiano» de la novela castellana, el único escritor español, desde los tiempos del *Poema del Cid*, que, con su pluma, supo

labrarse una fortuna de importancia, mézclase la legítima satisfacción de la victoria alcanzada a fuerza de talentos y esfuerzos, con la nostalgia del exilado.

Circunstancias políticas, que alzaron en su pecho nobles tempestades de ira patriótica, impídenle asentarse, como triunfador, en el borde de su amado mar valenciano, y ya que, por no sufrir bochornosa servidumbre, no puede ir a Valencia, hace que Valencia venga a él. Para ello, se rodea de deslumbrantes azulejos de los tejares de su tierra; trae bosques enteros de limoneros y naranjos de aquellos huertos valencianos con tan genial plasticidad descritos en páginas inolvidables, y, al ir dilatando mente arriba, a fuerza de cientos de miles de francos, su adorado jardín, encarnación de sus sueños más preciados, por encima del discreto y mesurado hotelito francés, adquirido con la finca originaria, y que había de habitar hasta su muerte, hace surgir quiméricas edificaciones, desbordantes de invención fantástica, policromos torreones, dignos de albergar a su «pope del mar» que trepan por los antiguos olivares, para descubrir, con la ancha pupila de sus ventanales, entre el marco de los vertiginosos acantilados, franceses a un lado, en otro, italianos, que se desploman sobre el mar, la mayor extensión posible de aguas zarcas, como si esperara el edificador que allá por Mediodía entre las azules brumas del horizonte había de ver aparecer un día las añoradas costas natales.

Cierto que este nabab de la novela, al descansar su imaginación entre capítulos y capítulos de los grandes libros del final de su vida, con la traza de estos jardines y edificaciones, no se proponía realizar una función de mero entretenimiento ni mucho menos una exhibición de riqueza merced a la propia actividad logradas. Un propósito benéfico que quedó truncado por la muerte, lo mismo que le impidió llegar al remate de obras y plantaciones, la generosa actividad del escritor metido a jardinero y arquitecto: este «Jardín de los Poetas» como rezan los azulejos de su portada, no solo debía serlo por contener los simulacros de la figura de grandes artistas que habían de alzarse en fuentes y paseos —allí están Cervantes, Flaubert, Dostoievski—, sino que debía servir tarde de refugio y asilo a ancianos escritores económicamente fracasados. Esta intención, que ennoblecía el esfuerzo allí empleado, quedó en proyecto, como todos los otros planes literarios y vitales, albergados en el poderosísimo cerebro de su padre y autor, detenido en plena capacidad productora.

Y si el palacio que debía albergar a los poetas pobres quedó a medio erigir, también está a medio hacer el *acuarium* en que el autor de *Mare Nostrum* debía observar a diario la fauna mediterránea, el cine privado en que habían de exhibirse las películas sacadas de sus obras y sabe Dios cuántas avenidas, escalinatas, plazoletas y estanques que habían de convertirse en «jardín de poetas» la parte de la finca que hoy no es más que el primitivo olivar. En algún lugar de los sótanos de las edificaciones, hay almacenados cargamentos enteros de cerámica, esculturas, pedestales, puertas, ventanas...

Mientras no terminaba su alcázar de pontífice de la novela hispana, el creador de *Cañas y barro* trabajaba humildemente en el más triste y simple taller que cabe imaginar. Una húmeda y oscura estancia, baja de techos, estrecha y larga, en el bajo de una edificación accesoria y de servicio del hotel primitivo; desde sus ventanas, en vez del panorama de las montañas y el mar, solo se descubrían cerrando todo horizonte, los muros del jardín. Anaqueles cargados de libros a lo largo de las paredes, un mueble con todas las traducciones de la obra de Blasco Ibáñez, fotografías de colegas, algunas dedicadas —Zola, Anatole France—, una mesa de escribir pobre y sencilla, una vulgar chimenea; apenas algún apunte pictórico o algún bajorrelieve que pudiera llevar a la retina del infatigable obrero que allí laboraba una sensación de belleza apaciguadora o reanimadora. Y en aquel ambiente inexpresivo, el gran escritor, después de haber pasado horas enteras dirigiendo a los obreros que daban cuerpo a sus fantasías de constructor e ingeniero se encerraba con su secretario, y, paseando sobre la estrecha faja de alfombra que corre por la habitación de extremo a extremo, mientras contemplaba, durante el invierno, en la chimenea, la danza de las llamas, iba dictando, con su plena voz levantina, de dominador de muchedumbres, los párrafos de sus historias del antipapa Luna, de los Borgia, de Colón, de Alonso de Ojeda, hasta que cierto celo familiar venía a interrumpir la labor creadora, poniendo hasta el día siguiente dique y compuerta al arroyo de lava de su prosa, cuando ya habían sonado las nueve de la noche.

Menton, febrero 1932.